



AFECTIVIDAD: EL PAPEL DE LA FAMILIA EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR

LIC. FRANCISCO TORRES NIETO

Muy buenas noches. Desde que he llegado no han sido más que sorpresas aquí, me ha invadido el afecto que siempre me proporcionan cuando llego a esta casa de estudios y es una alegría contar con las alumnas de los cursos de la Aquinas.net y con las alumnas de nuestro instituto que ya nos hemos visto en varias oportunidades.



Me ha invadido la tecnología y confieso que evidentemente, si tuviera pantalones cortos seguro verían que las medias se me han caído. Pero esa es la realidad. Me comentan que estamos conectados, en una prueba directa, a Mar del Plata; así que allí nos están viendo por la página web también.

Yo voy a tratar de ponerles el tema que en algún momento algo tratamos ya. De todas maneras yo les comento que mañana van a tener aquí en la casa copia de todo lo que voy a exponer. Así que se arman unas fotocopias y después tienen acceso a todo esto, de manera que no se dediquen tanto a concentrarse en los apuntes; sino, más bien a atender y poder reflexionar sobre los contenidos que vamos a ver.

El tema que nos ocupa evidentemente responde a la cátedra abierta que es de una fuerte preponderancia docente. Por eso, pensando en el tema educativo de la realidad que hoy pesa en el sentido de que está afirmándose ante una realidad cultural distinta y ante un crecimiento de nuestros alumnos y nuestros niños también de manera distinta en el contexto de nuestra nación. Por eso, se ha tratado de elegir desde el mundo de la realidad concreta del aprendizaje pero sobre todo de la enseñanza estos cuatro elementos. El diálogo entre padres e hijos, entre docentes y alumnos. Son cuatro pies de una misma realidad.



Hemos de tener en cuenta que si no están bien coordinados, no subordinados, sino coordinados y sustentados por un espíritu de armonía y de atención fundamentalmente a quien se está educando, no vamos a poder llegar a los logros que nos proponemos hoy con el tema educativo.

Por otra parte, necesitamos, nosotros los docentes, reflexionar muy fuertemente sobre este tema del modo de educar y sobre todo pensando en las alternativas nuevas que tenemos que presentar al mundo que nos rodea. Más quienes están estudiando como ustedes, los alumnos del instituto en la formación docente, hemos de ver de qué manera podemos descubrir esta realidad.

¿Qué nos preocupa en el tema educación? El tema de la autoridad y de los límites. Vamos a analizarlo porque evidentemente hoy es algo que nos preocupa y que muchas veces no sabemos qué ni cómo implementarlo.

Segundo, ¿cuáles son los ámbitos de la educación? Y así vamos a descubrir distintas formas que tenemos de educar, cómo nos estamos moviendo en los distintos momentos de la educación.

Después, ¿cómo son, y esta es una de las claves del tema, las concepciones afectivas de los niños?

Detrás de este título tan importante y más hoy es ver y conocer cuáles son las percepciones afectivas de los papás y de los docentes. Porque si vamos por una parte y los niños van por otra, afectivamente no vamos a convenir en una unidad; por eso no logramos los fines que nos proponemos.

Trataremos de ver, también, cómo haremos la transformación individual y personalmente y, además, en el seno de nuestras familias y también en los institutos y en las realidades educativas que nosotros hoy vivimos.

El tema de la paternidad, el ser padres contrariamente a lo que se propone no es un rol. La paternidad no es algo que se ejerce por un tiempo y momentáneamente como es un rol. El ser padres hoy, al igual que ser docentes, tiene una analogía muy ceñida y no es algo tan



fácil de conseguir si no hay una conversión interior y una fundamental predisposición a este mundo de la afectividad.

Por eso, vamos a ver en qué va a consistir la disciplina, cómo vamos a hacer una formación educativa real, cómo vamos a llegar a una clave concreta de socialización de estos niños, o sea, de vivir el ambiente social; cómo estamos realmente insertos en este mundo de comunidad. Ayer hablaba con Monseñor Marcelo Palentini, obispo de ustedes, y justamente uno de los temas para el próxima asamblea que me planteaba es ese ¿qué pasa con la palabra de Dios y qué pasa con la comunidad y la vida social de los hombres?

Gracias a Dios se está tomando una realidad distinta de lo que significa inclusive una teología social para poder darnos cuenta de lo que tenemos que trabajar en comunidad. Y esto llevará a que después tengamos algunos tipos de conclusiones.

¿Cuáles son los interrogantes que nosotros tenemos que ver a la hora de educar a nuestros niños?

Primero, ¿en qué consiste el tema de la autoridad? Porque sentimos a veces quejarse de que se han perdido los límites y que nadie pone límites y que nadie ejerce esa autoridad. Por eso pensamos en la autoridad y en los límites.

El primer análisis que tenemos que hacer es este: sobre estos dos temas ¿qué pensamos cada uno de nosotros? ¿Qué decimos cada uno de nosotros? Y van a ver que “abrimos la boca y se nos nota el barrio”. Usted qué entiende por límite, por autoridad. Mas ¿qué le ha dado resultado en el ejercicio de la autoridad y al momento de fijar los límites? ¿Qué cosas no le dio frutos? ¿O sigue reiterando equivocaciones? ¿Cómo se encuentra preparada para efectuar los cambios de ver ante estos niños y jóvenes las conductas de los límites? Y además, ¿en qué consiste, cómo está la realidad y qué consenso hay entre el papá, la mamá y el docente? Porque a veces escuchamos que muchas veces los padres si se interesan pero otras veces no tienen la actitud de venir a plantear al docente de conformidad o de coordinación. Por eso muchas veces escuchamos a los docentes que dicen: “Huy, ahí viene la vieja”. “Uh, ahí viene el papá”. “Seguro que viene a protestar”. Es lo que decíamos muchas veces en la universidad, antes venían los papás de los chicos grandes ya, universitarios,



y nos daban las gracias; lo mismo nos pasaba en la escuela por todo lo que habíamos hecho, lo que le habíamos otorgado a sus hijos.

Últimamente, aparecen algunos padres y nos retan y nos dicen “¿qué ha hecho usted con mi hijo?”, “¿qué le está haciendo?” Entonces, muchas veces escuchamos también que en la antigüedad no tan antigua volvíamos a casa, la maestra nos reprimía por algo que habíamos hecho y nuestros padres respetaban absolutamente. Como así también, los valores, dijo la señorita decíamos y eso era verdad para nosotros. Hoy, evidentemente, se pone en tela de juicio esas realidades.

Sabemos bien que por derecho natural, los padres tienen la obligación de educar a los hijos; por eso es la definición que Santo Tomás ofrece acerca de la educación “es conducir a la prole al estado perfecto de virtud que hace conseguir el supremo bien, que en definitiva es Dios”.

¿Por qué dice prole? Porque evidentemente para Santo Tomás la tarea de educar es una continuación de haber engendrado a nuestros hijos. De ahí nos viene el derecho que no podemos renunciar como padres porque lo hemos llamado a la vida y ahora lo tenemos que llevar a la felicidad.

Nosotros, los docentes, tomamos ese reto y ayudamos, convenimos con los padres en poder realizar la tarea que a veces ellos, por sus propias obligaciones no la pueden hacer. Por eso estos padres evidentemente tienen que ver de qué manera depositan esta confianza y nosotros coordinamos nuestra tarea.

Vamos a las características:

“Dé amor a los hijos.” Hay algo realmente afectivo e interno; o sea es algo que nosotros debemos desearles el mayor bien espiritual y corporal a nuestros alumnos. Por eso, a veces, cuando los padres no tienen una conducta, los reprimen, los maldicen, se enojan, los castigan desordenadamente, están quitándole esa posibilidad de desarrollo personal y afectivo del niño. El niño se cierra y siente dolor.

¿De qué manera reprender, sí con severidad pero de una manera moderada; por eso, acuérdense el tema del castigo, una palabra dura que no siempre da su resultado, tiene que



ser oportuno, justo, prudente. Tiene que ser un castigo con cariño en toda la realidad que procedemos. Tomen esta realidad los que están estudiando y los que somos docentes, no castigo pero fíjense bien el modo como nosotros nos comunicamos con nuestros alumnos, con nuestros colegas y con el personal que nos conduce. Tiene que ser “oportuno”, no ir con insolencias; además, planteando realidades concretas y justas, con cierta prudencia de nuestro punto de vista y con respeto del punto de vista del otro; pero de una forma cariñosa, porque todos estamos necesitados de cariño. Esta es la tesis central de nuestra exposición. Todos necesitamos afectividad; es decir, que se nos atiende en la totalidad de las cosas, sino las palabras van a ser abstractas.

Esta afectividad es la plenitud de todo el mundo, de todas mis sensaciones, de toda mi infancia, de todas mis percepciones, de los primeros amores que tuve. Todo eso está acumulado en mi corazón y necesita mucha atención. Sin esto la educación va a ser un barniz y va a pasar por afuera.

¿Qué quiere decir esto? Que además de sentirlos y quererlos tenemos que demostrárselo.

Yo tengo a veces docentes, colegas; tenemos alumnos que necesitan externamente saber que son queridos, que los apreciamos y que lo que hacemos es porque tenemos un gran respeto a sus vidas personales, a su camino hacia Dios y lo que menos se nos puede ocurrir cuando no hacemos estas marchas por esa vía es entorpecerles el camino a conseguir eso que dice Santo Tomás “conducirlos al bien supremo” y entonces en vez de ser facilitadores para llegar a Dios nos convertimos en obstáculos.

Esto hace entonces que la afectividad tenga una importancia notable en este mundo familiar.

¿En qué consiste este tema de la afectividad? Porque a veces se la menciona y no sé cómo la logro, la encuentro. Porque, vayan viendo de entrada, la afectividad no se educa. Brota, se demuestra, se la cultiva. Pero nadie va, por ejemplo, a enseñar a otro a amar.

Hay gente que hoy se dedica a ser maestros y le dicen muchas veces al mundo “ustedes no saben amar” yo les voy a enseñar cómo se ama. Porque ellos piensan que tienen



en la mano maneras y formas de ser que los demás, en cierto desprecio o ignorancia, no lo tienen.

No piensen que cuando salgan de aquí alguien les va a enseñar la afectividad o a amar al otro. No, esa es una realidad interior que nace de las múltiples vivencias. Acuérdense de cuando eran niños, cuando les hicieron el primer regalo significativo. Yo nunca me olvido. Tenía cinco años y un tío me regaló una bicicleta. Eso me quedó y hoy lo primero que hice cuando llegaron mis nietas a los cinco años fue regalarles una bicicleta.

¿De dónde saqué eso yo? Me gustaba tanto la música que mi madre me regaló una guitarra. Hoy, a mis nietas, una ya tiene diez años, ahí va una guitarra.

¿Qué es eso? ¿Qué misterio hay en nosotros? Estamos atentos al crecimiento de esa realidad, a esas múltiples vivencias, a esas sensaciones. Todo lo que hemos percibido en la vida. Acuérdense, muchas veces nos íbamos de noche a dormir y a veces sufríamos y llorábamos pensando que mi mamá se me iba y llorábamos solos, en la cama. ¿Tontos? No. Era que vivía en nuestro interior esa sanidad de vivir en la plenitud y sobre todo de compartir el cariño de una madre y de un padre rodeado por nuestros hermanos. Esto, docentes, tenemos que volver a captar. Por eso, acuérdense que detrás de esas sensaciones aparecen todos los deseos que hemos tenido en la vida y que vamos a tener y que vamos a alcanzar. Frustrados algunos; conseguidos, otros. Pero los frustrados dejémoslo y no seamos agentes de esa frustración.

Por eso, piensen en lo que fuimos, en lo que somos y todavía lo mejor nuestro, como decimos en clase, no ha llegado. Está por llegar, está por venir. Distintas sensaciones, deseos, pertenencias de nuestra vida que engrandecen nuestro corazón. ¿Cómo no hacer que esto se convierta en algo que contagie la alegría de vivir. Esto es lo que necesitamos. Por eso, acuérdense que tenemos recuerdos, algunos vagos, otros nítidos; pero además, recuerdos de los que hemos sido nosotros los encargados de recrearlos en la vida. Siempre tendrá que ser, y no olviden, no tengan temor, ni tampoco se pongan tristes ante una serie de acontecimientos porque esto que nosotros vamos viendo que vamos logrando en la vida, estas realidades de nuestra afectividad tienen un dejo de misterio, en el sentido de que algo todavía está velado, algo todavía no ha llegado.



Por eso, a veces, cuando estamos con los matrimonios y el marido se enoja con su señora, yo sé decirles que lo mejor de tu mujer aún no está, tené paciencia, ya va a llegar.

Acuérdense cuando teníamos cinco años a hoy ¿estamos igual? ¿mejor o peor? Entonces tratemos que nuestra tarea educativa no nos deje, por supuesto, peores o iguales; sino busquemos estar mejores. Ese va a ser evidentemente el acto más grande que nosotros vamos a pedir y que indudablemente tiene una particularidad, es único de cada uno de nosotros, de cada alumno, de cada papá, de cada mamá. Esto es lo que tenemos que ir teniendo en claro.

Por eso hagamos un pequeño análisis de nuestra realidad. ¿Cuáles son los ámbitos? Muy sencillo. Conocemos dos ámbitos fundamentales.

Primero, el ámbito para formar al alumno, la educación formal. ¿Cuál es? La que ustedes conocen y la tienen a mano, los institutos, la escuela, el colegio. Allí transcurren una cantidad de vidas donde hay técnicas, razonamientos y a veces demasiados silogismos. Y entonces, todos estamos atados a un plan de estudio, contenidos curriculares, a informes, a aprobar o no, a seguir materias, a pasar de curso. Esa es la educación que nosotros normalmente conocemos. Y así algunas veces no hablamos bien.

Ustedes les preguntan al estudiante de derecho ¿en qué curso está? Y el normalmente dice “en tercero pero voy para cuarto” y el otro te dice “en segundo pero ya tengo materias aprobadas de tercero” pero no dice que tiene todavía materias aplazadas de primero. Es todo un sistema que tenemos muy, a veces, racional.

La otra educación, la informal, era la de nuestra casa; o sea, es la convivencia familiar; pero que ustedes saben que se ha deteriorado en parte porque, nos sabía decir el padre Fosbery en alguna oportunidad, hemos perdido referentes racionales. Hoy el papá no es el referente que significaba en algún momento de nuestra vida; al igual que el docente, la maestra o el profesor; por eso, necesitamos que sea rehabilitada esa realidad de referentes.

Entonces, en la familia por obligaciones, por ocupaciones, por exigencias, por el mundo de la técnica y por la demanda cada vez mayor de bienes materiales se ha debilitado lógicamente la dedicación exclusiva y concreta de nuestros hijos.



Entonces nos preguntamos ¿esta educación formal conjuntamente con la educación informal cuenta con las exigencias para responder a una educación; es más, son elaboraciones que al sujeto, al alumno, al niño y al docente lo convence de que está trabajando dentro de una realidad con frutos?

¿No será que a veces estamos inmovilizados por las normas, y siguiendo solamente el curriculum y no atendiendo a estos niños que año tras año tienen sus transformaciones conforme a los distintos estímulos? Por eso les digo, son muchas las elaboraciones objetivas, teóricas y silogismos. Esto ha hecho que los chicos y la juventud vayan por otra parte. ¿Habrá de alguna manera, una educación, una formación alternativa, no formal? Por eso hay que ver esta realidad, que son nuestros destinatarios, son seres humanos con una naturaleza humana y que además sienten. Esa naturaleza está internalizada, es sensible, se entiende dice Javier Zuviría, un gran filósofo español. El protagonista de esta educación no formal no es solamente un observador o un sujeto pasivo. Él quiere ser protagonista de su vida y tenemos que darles sus espacios. Lo que nos olvidamos es que su vida quiere vivirla conforme a su realidad afectiva. Cada uno como personas somos únicos, indivisibles, individuos, comunicables. Parece que nos olvidamos cuando nos entramos a uniformar y cuando empezamos a uniformar conductas y tratamientos. Por eso, evidentemente cuando encuentran esos espacios que le dan florecimiento a su existencia y a su interioridad, se van a esos lugares. ¿Por qué creen que atrae tanto la televisión, un programa de radio, un rock o tal música? Porque algo de adentro le compagina con eso; es decir, se siente identificado con esa realidad.

Cuando alguien le dice, un viernes o sábado, vamos al boliche. ¿Ustedes han escuchado a alguno que un domingo dice “que bueno mañana voy al colegio”? Más vale que no. ¿Qué tiene esto que a unos nos convoca y a otros no convoca? Fíjense bien, vayamos sumando: educación, formación individual, afectos. No son simplemente títeres en nuestras manos. Esa educación de la afectividad se estructura, se construye y se despliega.

¿Somos nosotros como docentes, como papás y como mamás facilitadores de un ambiente de relaciones, de una forma de ser, de transmitirles el percibir de la vida; y que ven en nosotros que viven conformes a ese percibir. Esto es lo que tenemos que ver. Somos aquellos agrios y amargos que nos levantamos y generamos un ambiente, a veces, muy tirante



en nuestras relaciones familiares y también en nuestras relaciones educativas de nuestras comunidades. Por eso, nosotros tenemos que entender que esos jóvenes traen sentimientos muy nobles, muy cálidos. Además, no olvidemos, que contamos con la gracia de Dios y esto hace que la naturaleza tenga sus defensas; por eso hemos de pensar que a veces, como solía decir un político “conmigo y sinmigo”, estos jóvenes van a salir adelante; pero está en nosotros en darles todo lo que necesitan. ¿Para qué? Para decir como decía Santo Tomás “que no pase mucho tiempo mezclado de muchos errores y que algunos no alcancen esa felicidad”. Atentos, que somos docentes.

Siempre en los niños fue algo muy grande la alegría. Ayer me pasó una cosa muy linda y muy sencilla. Estaba en San Francisco, salía y venía una señora con un rubín, chiquitito así, de la mano de otra criatura. Iba la mamá adelante y el chiquito le dice “mamá persígnate” y ella se persignó. Esta mañana venía por aquí por el hotel y venía un chiquito por la vereda del hotel y me dice “Hola”. Yo digo, uno así le dio instrucciones a la mamá y este otro que no sabe quién soy, “Hola” me dice. ¿Cómo no atender esa realidad? Parece algo natural y de todos los días, por algo me llamó la atención. Y lo tengo aquí al mocosito así. Y este quién lo conoce, diría uno. Con que lo conozca Dios y su madre, todos nosotros vamos a conocer muchas realidades.

Los niños, a veces, son apáticos y aburridos porque tienen de todo. A veces, observamos niños inactivos, deprimidos, pasivos, desmotivados. ¿De dónde creen que les viene esto? ¿Del vientre de su madre? No. Esos son virus adquiridos del entorno. ¿Qué se hizo de la felicidad de esos niños, de esas vivencias afectivas que están llenas de emociones, afectos, apetencias y pasiones? Tienen que estudiar esos temas y cómo se educan; sobre todo el mundo de las pasiones que son el gran instrumento de nuestra afectividad. Son apetitos. Por eso, van a ver que llegamos a la vida sin nada, ¿qué va a ser nuestra vida? Apetecer porque queremos saciar y ¿qué tiene que hacer el docente? Ser instrumento para que ese niño se sacie bien, ordenadamente y en una jerarquía de valores. Este es la razón de nuestra existencia “conducción de la prole al supremo bien que es Dios”.

Esto, entonces, hace falta para que tengamos mucha memoria de nuestra vida, para que la memoria del pasado modifique la memoria del futuro. Necesitamos mucha imaginación;



pero imaginación que nos lleve al asombro. ¿Qué es lo que los filósofos decían? ¿Qué lleva al filosofar? El asombro.

Asombrarnos todavía de la existencia de cada día, de cada momento, de cada realidad es muy importante. Esto hace, en el caso de los niños, que algunos tengan grados afectivos más altos que otros pero va a depender mucho de la configuración de los hábitos que le damos en la niñez. Por eso, acuérdense de las cinco causas que tiene la educación, tema que lo tratamos cuando trabajamos en la filosofía de la educación, tema también que tenemos que profundizar. Y uno de los desafíos es esta conducción de la prole en medio de hábitos buenos. Llegar a adquirir hábitos buenos. Nosotros en Teología moral vemos en los cursos de Aquinas que son disposiciones estables de las potencias del alma; pero si no la hacemos a pleno, si no las ordeno, si no las llevo, pero ¿en qué? En una atmósfera de vitalidad y percepción. Vieron que lindo que es cuando alguien se encuentra y nos encontramos nosotros. Yo aquí, apenas llego a la puerta "Hola profe, hola". Besos y abrazos. ¡Qué clima! Yo he visto en ustedes ese respeto a los símbolos patrios. Esto, no crean que es algo así. Es algo logrado por haber percibido estos valores de la vida. Por eso, tenemos que ver de qué manera, no como hoy se trabaja, trabajar temas altos. Algo que nos ennoblezca. Algo que nos expanda el espíritu. Vieron cuando uno se enoja con alguien y lo insulta o no le da lo que uno está esperando. Hay una tristeza en el alma. Uno queda diciendo "este va a aprender cuantos pares son tres botines" pero uno va a dormir y queda triste adentro. En cambio, cuando hubo un saludo, un cariño, un afecto; algo que ennobleció al otro, uno siente adentro esa virtud que se llama magnanimidad. Se te ensancha el alma. Por eso, van a ver cuando uno llega a la casa, los chicos, uno le pregunta y van a ver las respuestas que tienen. ¿Qué tal la señorita hoy? Y ellos contestan: "Neurótica". El otro viene y dice ¿qué tal la profe?"... Ah mirá, me copó. ¿Por qué las diferencias? ¿De dónde procede? De no haber atendido evidentemente y más, teniendo los elementos negativos bajos. Y yo les pongo algunas causas: a veces los hogares están muy estructurados en una convivencia conyugal muy conflictiva; otras veces hay un maltrato directo a los niños. Esto hoy se ve demasiado. Los coscorriones, se les reta y también se ve la indiferencia de los niños a los retos. "Total si la vieja siempre me dice lo mismo, entonces que le voy a llevar el apunte" "Vení para acá, quedate aquí". No hay una permanencia de presencia y de conducta ¿van viendo? A veces los padres tienen un deseo desmedido de darles con el



gusto basados en esa famosa realidad que teníamos; es por esto que decimos “que no le falte a mi hijo lo que a mi me faltó”. No. Es que son distintas realidades. Además, a veces ¿qué pasa? Educamos en la desconfianza, en el escepticismo y sobre todo en la inseguridad. Decimos “Ya vas a ver cuando seas más grande” “Ya vas a ver lo que te espera” y lo decimos hasta en la universidad “Ahora vas a pasar de estudiante rentado a profesional desocupado”. ¡Qué buen consejo! Y le vamos diciendo esa realidad y van viendo esa crítica ácida, negativa. A veces, exigencia desmedida por sacar frutos de nuestros alumnos, ambientes familiares que sólo buscan el éxito. Acuérdense que esto está pegando en la afectividad del niño. A veces la televisión que nos invade. Entre el diálogo entre mi mamá y mi papa y sentarme a que nadie me agrede y la goce, me siento a ver televisión. Y pueden elegir el programa. Son muy pocos los que no pueden elegirlo.

Por eso, fíjense bien, padres abrumados, docentes cansados, tironeados por la vida, desilusionados, las adicciones también. Nos pegamos a una cantidad de cosas y no tenemos la generosidad y entonces qué pasa en nuestra docencia. Por cuidar nuestras realidades nos olvidamos de la generosidad para nuestros alumnos.

El tema del alcoholismo, ustedes mismos saben lo que significa; el tema de la sexualidad. Todos aquellos elementos que son, en definitiva, enemigos de la familia. También las desavenencias familiares tienen una incidencia muy grande. Hay que atenderlas y tenemos que tener muchísimo cuidado. Son casos en la que la Iglesia nos pide una atención muy especial, sin ningún tipo de discriminación, inclusive en el mundo de la sexualidad.

¿Qué tenemos que hacer? Una acción transformadora. Esto es importante también, o sea, no somos una justa deportiva donde unos combaten con otros. Por eso acuérdense, la mayoría de nosotros que somos del siglo pasado, como decía un padre jesuita, venimos de la civilización de la brújula que nos decía “por aquí, este es el norte”. Recuerdo a mi madre que decía a mis hermanas “niñas, una niña debe vivir como es debido”. Hoy ¿qué es lo debido? Ustedes, los jóvenes y los niños vienen de la civilización del radar no de un determinante norte, sino, improvisamos, las cosas nos convocan, los chicos andan en la calle, andan en el colegio y andan, andan y andan; así se mueven... porque la vida no es un vector rectilíneo para ellos. A veces por satisfacer esas necesidades, cumplimos y se ha generado así la civilización



del cumplimiento; por eso, “miento”, para “cumplir”. Entonces voy estafando a las realidades y la peor estafa me la hago a mí mismo. Esta es la situación que tenemos que darnos cuenta cuando tenemos que ser muy sinceros; y a esto es lo que tenemos que llamar “auténtico”; por eso hay que revalorizar, salir de los silogismos, revalorizar el mundo de la afectividad.

Es necesario llegar al asombro, para transformas a esos niños y jóvenes aburridos, confundidos, inseguros y a veces con una crisis de identidad. Yo he hecho la prueba muchas veces, y si quieren pregunten a alguien que tenga mucha prudencia ¿qué te emociona? Y se van a encontrar con múltiples respuestas. Yo me encontré a algunos con dos hijos, mayores ya, y me dicen “profe, no me ilusiona nada”. Eso es muy duro. Han pasado veinticinco años de tu vida y ¿nada te ilusiona? O será que están desilusionados y ahogados con las falta de horizontes y esperanzas porque te ha agobiado la afectividad grasa, has dejado de amar a tu esposa, los chicos te molestan, la casa no es el lugar de paz. Esto tenemos que enseñar a nuestros hijos, tiene que brotar como un volcán de plenitud de nuestra vida.

Por eso, acuérdense, si somos docentes y no somos capaces de asombrar, echamos sombra a la vida. Tenemos que darles sorpresas a la vida. Dejémos que Dios nos sorprenda. Esta es una realidad muy concreta incluso en teología. Tenemos que vivir esta plenitud, o sea, que el esposo llegue a la casa y la esposa lo sorprenda porque si no lo hace nace la rutina y como cassette lo descarta o lo cambia.

Entonces, que cada día de nuestras clases, de nuestra docencia, de nuestra vida sea para ellos una sorpresa. Por lo menos dejémoslos un poco sorprendido en cuanto al contenido de su vida y de su afectividad.

A veces los padres tenemos que hacernos estas preguntas: ¿tenemos signos afectivos positivos como docentes también?, ¿sabemos enseñar a nuestros hijos los grandes ejemplos de santos y héroes? O tenemos el escepticismo que ya está perdida esta realidad humana. ¿Les enseñamos a nuestros hijos los valores de las cosas buenas de los no valores de las cosas negativas? Por eso, que el niño que está dolorido tenga un bálsamo, que salga de lo solitario, que se vuelva tolerante y generoso, que aprenda a disfrutar de lo simple, que se respete, y que respeto hoy más que nunca la sexualidad indicándoles cuales son los caminos de lo femenino y lo masculino, que no estén muy ociosos. Tampoco es para abrumarlos con tareas, ver de qué



manera la televisión sirva de guía, se convierta en una aliada y no en algo que está en contra de nuestra realidad.

Le decía hace rato, la maternidad y la paternidad es un rol. Yo también la comparo con la docencia y ¿por qué? Porque aún hoy, con los años que tengo, me sigo acordando de mis docentes. Es decir, de mi mamá y mi papá que no están pero siguen presentes porque esa paternidad es un vínculo de generación y aunque no estén ellos en la vida sigo yo siendo hijo de mi madre y de mi padre. Además, alumno de mi maestro Padilla de primero inferior, alumno de mi maestra de historia, la señorita Sonia. Sigo siendo alumno porque imprimieron en mí esa realidad. Ese ejercicio profesional nuestro es permanente. No es algo que podemos dejar de hacerlo. Seguimos siendo realidades, estas verdades. Es parecido, el otro día venía pensando cuando venía para aquí, se acuerdan antes, ahora ya es muy distinto, mi mamá me llevó a una casa de una señora muy rubia, una alemana, no era la Oma, y me dijo “esta señora te trajo al mundo”. Yo quedé muy desubicado porque pensaba que la que me trajo al mundo era mi mamá. No, esta señora fue la partera y tenía una casa de estas antiguas, grandes, y entrando nomás al hall había un cigüeña embalsamada. Yo no entendía nada; cigüeña, partera, me trajo al mundo; y luego empecé a compaginar. Tomé un cariño a esa mujer, claro, después me explicaron que fue la primera que me recibió, la primera que me abrazó, la primera que me bañó. ¿Cómo no acordarme yo de la Oma? Era una alemana, no era la Oma, era

la Berta.

Entonces, recuerden bien, tenemos una tarea grande en este sentido. Por eso nosotros continuamos la tarea de haberlos engendrado y recordar esa poesía que decíamos en la escuela en aquellos tiempos: “Señorita maestra, segunda mamá”.

¿Qué exigencias tenemos que ver? Primero ver que somos referentes primarios. ¿Qué quiere decir esto? Que todo lo que ven en nosotros para ellos es “sello que marca”. El tema es que a veces tenemos que ver que esa dinámica sea natural y espontánea. Proverles a los hijos y a los espacios escolares todo lo afectivo positivo, vivir los tiempos del colegio, los tiempos de recreo, los tiempos de lo que significa la vida en familia. Uno les presenta siempre y los comparo, y se me ponen anchos los profesores de Educación Física, porque uno de los tiempos que uno más recuerda es el que compartía con el profesor de Educación física, con la profesora



de música o la de dibujo. ¿Por qué esa diferencia? Y no con nosotros. Ahora uno lo entiende, porque esos docentes tenían un hábito natural convocante. Eso tenemos que trasladarlo a todas las asignaturas. Que sea algo que realmente convoca y atrae.

El trabajo profesional va a ser no aquello que se sabe decir “serás abogado o no serás nada”. Tenemos que ver de qué manera le damos felicidad, seguridad, amor. Sustentar la fe, la vida de Dios, la vida de la Iglesia. No es cosa feminoide como decimos siempre y lo hemos creído muchas veces, mi mamá era la que iba a misa, mi papá, nunca. Y decía “para que voy a ir yo si tu mamá ya va mucho”.

Tenemos que darnos cuenta que la vida religiosa construye y religa la vida en el amor y en la plenitud personal. Tenemos que mostrar esa verdad; por eso acuérdense bien de darles buenos testimonios. Hacer lo que decimos, decir lo que pensamos. No inducirlos a decir cuando alguien no nos gusta “decíle que no estoy”. Eso es mal formar conciencias, no es bueno. Es necesario darles una plenitud real.

¿Cómo hacer con estos momentos que tenemos en la vida ya concretos? Necesitamos como docentes y como padres capacidad de tener estas tres exigencias y si no las hemos descubiertos es el momento de verlas: Primero, que tengo en mi vida desafíos, ¿Cuáles son mis desafíos? Es decir, esa manera constante que yo tengo para descubrir y comprender mis competencias. ¿A qué me dedico, en qué soy competente? A esto me desafía la vida. Entonces, de esa manera veo que esa competencia es para que yo viva bien, feliz y haga feliz a los demás.

Segundo, ese desafío se hace con un estilo. Las cosas, nos decía siempre nuestro padre Fósbery, lo que uno puede en la vida, cada realidad la hago a mi modo y, diría María Marta Serra Lima, “a mi manera”. Esto hace que yo, cada hombre y cada mujer, en virtud de su manera de pensar, de querer, razón, facultad, de entender, de amar; va a tener un estilo propio, inimitable, incomparable pero sí muchas veces, transferible en el ejemplo.

Como tercer elemento, mi vida afectiva. ¿A dónde están mis tendencias del querer, del amar? Ustedes saben bien, antes sabían decir y siguen diciendo, que los que nos quieren mucho y nunca nos escriben “líbranos Señor”. Aquí pasa lo mismo. Al otro le gusta



escucharnos decir “te quiero”, es lindo abrazar a nuestros alumnos, darles un beso, verlos con cariños. Esto, van a ver como va transformando nuestra existencia. Es lo que necesitamos como padres y como docentes.

Llega el tiempo de la disciplina ¿qué va a significar esto? O sea, disciplinar es fijar límites. Ver de qué manera estos desafíos y comportamientos tienen un límite.

Por eso, vamos a descubrir qué es lo natural y lo no natural. Los límites van a ir demarcando qué es lo natural y este ya lleva en sí mismo tres límites: el primero es mi naturaleza humana. Lo que pase de mi naturaleza o se desborde mal no es bueno. El segundo límite es Dios quien ha fijado mi naturaleza y me ha dado la oportunidad de ser feliz y que me espera. El tercer límite es mi vida afectiva y espiritual. Les doy un ejemplo, cuando se desordena la vida afectiva o espiritual; o exagero mi vida religiosa, me pongo tres cruces, me compro tres San Expedito, le rezo a la Virgen aunque nunca voy a la eucaristía y se me desata una superstición muy grande. La vida espiritual tiene sus límites. Sumo ordenamiento. Nuestro Dios es trino, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, si después quieren... por María.

Hay que ver de qué manera, no tanto por el castigo, tampoco la recompensa. Hay que vivir algo moderado, proporcionado, algo que fije los límites. Por eso van a ver que las cosas contra natura y a favor también gozan de estas realidades. Los niños tienen que ver esto desde pequeños. Por eso, la disciplina, el esfuerzo positivo, no tanto lo negativo. A veces son efectos colaterales que generan en el sujeto rebelión, desmedran la personalidad y rompe el vínculo con nosotros. Ya no nos escuchan, no nos quieren, no nos atienden. Entonces ¿a quién escucharán? Porque tienen que escuchar. Seguramente a alguien que los convoca y los aprecia.

Es necesario recordar “disciplina, castigo y aprendizaje”. Cuidado, no debe existir una fuerte emoción en lo que se está haciendo de manera que el alumno, el chico, la persona, el docente está succionado por esto. A veces son pasiones desordenadas que no nos conducen a esta realidad. Hay que ver de qué manera estas cosas yo las informo bien, las transformo bien. No deben existir cosas que me desmotiven. Debe haber, además, un curso de acciones alternativas. La tristeza nos claudica, nos cierra el camino. Si no es por aquí, por dónde puedo.



En esto tenemos que entrenar a nuestros hijos y alumnos. Enseñarles que a veces hay diques que tenemos que sortear y otras tenemos que ubicar otras realidades.

Ahora bien, ¿dónde están los límites? ¿Cuál es la tolerancia? ¿Cuáles son los reales límites que debemos imponer y no aquellos por nuestras comodidades? Pensemos que cuando más este sujeto es libre, es mejor para su crecimiento afectivo. ¿Todos los límites que a veces generamos son necesarios?

Esto lo dábamos en la universidad con el padre Fósbery y a veces con el doctor Patrich. Tenemos en la institución tantas reglamentaciones, tantos límites. Sabía decir el doctor Patrich "fijemos piso, mas no techo". Démosle a la vida esta plenitud. Tantas normas. Ya hay diez mandamientos. Ya hay cinco preceptos. ¿Qué, queremos seguir añadiendo, como en el Antiguo Testamento, cargas?

Tenemos que ver que a medida que se desarrolla la libertad, crece la espontaneidad y crece la sana afectividad por la existencia. Sino vamos a escuchar lo que muchas veces escuchamos ¿Qué tal cómo andas? "Y... viviendo", ¿y vos? ... "Tirando". Si hemos venido a la vida para vivir así para "tirar" o "querés que te cuente" seguramente la tristeza nos va a invadir en cualquier momento y no servimos para educar.

En resumen, necesitamos de este niño, que esté bien disciplinado; pero el bien disciplinado es conforme a su propia realidad personal, individual y afectiva. Tenemos que ver de qué manera quitamos esos límites y cómo vamos a ir avanzando en el tiempo, sacando límites que pusimos en una oportunidad. Irlos achicando. Por eso, van a ver que a veces no nos es lícito invadir los hogares de nuestros hijos cuando ya han logrado su independencia. Ampliemos su realidad. A veces escuchamos a nuestros hijos que dicen "Mi mamá es dura, recia, agria, firme. Mi papá es más santo, más magnánimo" o al revés. "yo con mi papá hablo, con mi mamá es imposible" o al revés. Acuérdense que aquí cuando se dice de uno se dice del otro.

Algo más, "socialización de los niños", o sea, darse cuenta que lo que hemos dicho va fenómeno, está dentro de un contexto comunitario. Esto se va a llamar "comuni3n de los santos" que rezamos en el credo. Todos somos una gran familia delante de Dios; pero



necesitamos como fundamento de sociabilidad el amor y sobre todo el apoyo emocional. ¿Cuántas veces nos paramos? Hoy hay, a veces, una actitud de espera. Esperamos que el otro venga. Creo que hay que modificar eso. Hay que salir al encuentro. ¿Qué tal estás? ¿Cómo estás? No por curiosidad y después para sacarle en cara y luego chimentar. No. Tiene que ser porque me interesa que el otro sea feliz, viva feliz. Hace falta que ese niño diga “hoy la señorita me preguntó cuál fue mi último juguete”. Capaz que ni él se acuerda. Yo a veces me acuerdo que en mi infancia nunca tuve un juguete a pilas pero me acuerdo de mi primer juguete a cuerda que al poco tiempo voló la cuerda y me invadió un pesar y un dolor. Mucha gente sabe esto, pero tuvimos otras realidades. Tenía álamos en mi casa con los que hacía espadas y jugaba a ser Robin Hood. Tenía conejos, tenía palomas. Cada uno de nosotros tuvo algunas realidades que nos satisficieron emocionalmente. Nosotros tenemos que ser agentes, pero recuerden, motivadores. No esperemos que el otro sufra; salgamos al encuentro para evitarles esos sufrimientos. Por eso, acuérdense, disciplina; pero razonables. Más darles refuerzos positivos. No tanto castigo, no amenazas. La amenaza es tremenda porque genera en el alma una semilla de odio y rencor con el entorno y con los demás. Sobre todo hay que crear un ambiente tolerante. No decimos permisivo. Sabiendo que del otro, lo repito, lo mejor no ha llegado. Y no se les ocurra decirle a la de segundo grado “ahí va primero, no sabes lo que te espera” o “cásate y verás”. Si hay algo feliz y que me ha ocurrido es haber ido al matrimonio. Como así también, tengo algunas hermanas religiosas que la felicidad que ellas tienen es muy grande, tanto en la vida contemplativa como en la vida que llevan en el mundo. Casarse es hermoso. Eduquen. ¿Por qué les digo esto? Porque si nuestra educación no va detrás de una cultura de la vida no sirve. Salgamos de la cultura de la muerte. Vamos a la cultura de la vida y entonces la vida va a venir. Todos somos hijos de Dios, de nuestros padres y de nuestros docentes. Entonces ejerzamos esa paternidad para que tengamos mayor interés en ese tema.

Vamos a ir terminando, los dejo con esto léanlo bien...

- *¿Qué cree la maestra? ¿Que podemos disponer del tiempo a la hora que ella diga...?
A las 8 en punto, estacioné en la escuela. Estábamos todos los papás y mamás y la maestra comenzó a hablar.
No recuerdo que dijo, mi mente estaba en otro lado.
Pensaba cómo resolver lo del negocio.*



FRATERNIDAD DE AGRUPACIONES SANTO TOMÁS DE AQUINO
INSTITUTO DE EDUCACIÓN SUPERIOR N°8 "SAGRADO CORAZÓN" FASTA
Red Educativa Fasta

Metanoia

Revista electrónica institucional

Juan Rodríguez escuché a lo lejos.

-¿Dónde está el papá de Juan? Dijo la maestra.

-Sí, sí, aquí estoy... contesté pasando a recibir la libreta.

Regresé a mi silla y me dispuse a verla

¿Para eso vine? ¿Qué es esto?

De repente todo se puso oscuro en mi mente. Todo estaba lleno de 6 y 7.

Guardé la libreta para que ninguna persona viera las espantosas calificaciones de mi hijo.

De regreso a casa, aumentaba mi furia.

Aceleraba y más me ennegecía la bronca.

Pensaba.

"Si le doy todo"

"No le falta nada"

¡Ahora sí que le va a ir mal!

Estacioné el auto, entré a casa, dí un portazo y grité: ¡Juuaaannn!

Él estaba en su cuarto y al escucharme dijo "Si papi"

¡Qué papi, ni que nada! Lo separé fríamente.

Le dijo de todo...

Juan se fue llorando, su cara estaba roja y su boca temblaba.

Mi esposa no dijo nada, sólo movió la cabeza negativamente y se fue.

Cuando me fui a acostar, mucho más tranquilo, mi esposa me entregó otra libreta de calificaciones hecha por Juan que estaba dentro de mi cajón y me dijo:

- Lee despacio y luego toma tu decisión.

Esta decía así:

LIBRETA DE CALIFICACIONES PARA EL PAPÁ

TIEMPO QUE LE DEDICA A SU HIJO	CALIFICACIÓN
En conversar con él a la hora de dormir	6
En jugar con él	6
En ayudarlo a hacer la tarea	7
En salir de paseo con la familia	6
En contarle un cuento antes de dormir	6
En abrazarlo y besarlo	6
En ver televisión con él	7

Él me había puesto 6 y 7 a mí.

Yo me hubiese puesto un 5

Me levanté y corrí a la habitación de mi hijo. Lo abracé y lloré.

Quería regresar el tiempo pero ya era imposible.

Juan abrió sus ojos, aún estaban hinchados por sus lágrimas, me sonrió, me abrazó y dijo:

¡TE QUIERO PAPÁ!

DEMOSLE EL VALOR



A LO QUE REALMENTE TIENE VALOR PARA NOSOTROS

NUESTRA FAMILIA.

Muchísimas gracias por la paciencia y que Jesús los bendiga.